

MEDEA

(La escena se desarrolla en la ciudad de Corinto, ante la casa de Medea)

NODRIZA.- ¡Ojalá que la nave Argo no hubiera cruzado volando por las azuladas rocas hacia la tierra de la Cólquide, ni nunca hubiera caído en los valles del Pelión el pino, abatido por el hacha, ni hubieran empuñado el remo las manos de los hombres más audaces, los que fueron a buscar para Pelias el vellocino de oro!

Pues así, nunca mi señora, Medea, hubiera zarpado hacia la tierra de Yolco, herida en su corazón por el amor de Jasón. Ni habitaría tampoco, después de haber convencido a las hijas de Pelias de que mataran a su padre, esta tierra de Corinto con su esposo y sus hijos.

Intentaba complacer a los ciudadanos de esta tierra, a la que llegó como fugitiva, obediente en todo a Jasón.

Ahora, en cambio, todo le resulta hostil y está dolida en lo más querido, pues Jasón, después de traicionar a sus hijos y a mi señora, yace en lecho real con la hija de Creonte, el que gobierna en este país.

La desdichada Medea, yace sin probar bocado, abandonando su cuerpo a los dolores, consumiéndose en lágrimas todo el tiempo, desde que se ha sabido ultrajada por su esposo; ni alza su mirada ni aparta de tierra su rostro. Y como roca o marina ola, oye las advertencias que le hacen sus amigos.

Excepto cuando, a veces, vuelve su blanquísimo cuello y llora consigo misma a su padre querido, su tierra, su casa, a los que traicionó para venirse con un hombre que ahora a ella ha ultrajado.

¡Ahora conoce la desdichada, bajo el peso de la desgracia, qué vale el no estar privado de la tierra patria!

Odia a sus hijos y no disfruta al verlos. Yo temo que ella vaya a tramar algo malo, pues su alma es violenta. Bien conozco yo a ésta, y tengo el temor de que se vaya a clavar un afilado puñal en el hígado o incluso que mate al rey y a su esposa y se atraiga luego alguna desgracia mayor. Mas he aquí que se acercan sus hijos, ajenos sus pensamientos a las desgracias de su madre.

(Aparecen los Hijos de Medea en compañía del Pedagogo)

PEDAGOGO.- ¡Antigua nodriza de la casa de mi señora! ¿Por qué tan solitaria estás ahí junto a las puertas lamentándote de desgracias? ¿Cómo es que Medea ha querido quedarse sola, sin tu presencia?

NODRIZA.- Anciano acompañante de los hijos de Jasón, para los buenos sirvientes es una desgracia que los asuntos de los señores rueden mal y hace mella en sus corazones.

Yo he llegado a tal grado de sufrimiento que he venido hasta aquí a confiar al cielo y a la tierra las desdichas de mi señora.

PEDAGOGO.- ¡Pues aún no conoce sus más recientes desgracias!

NODRIZA.- ¿Qué ocurre anciano? ¡No dudes en hablarme!

PEDAGOGO.- Nada. Me he arrepentido de lo que acabo de decir.

NODRIZA.- ¡No lo ocultes a tu compañera de esclavitud! Yo guardaré silencio sobre estos asuntos.

PEDAGOGO.- Oí a alguien decir...que Creonte, soberano de este país, quiere expulsar de la tierra de Corinto a estos niños con su madre. Pero no sé si este rumor es verdadero. Desearía que no lo fuera.

NODRIZA.- ¿Y Jasón va a tolerar que sus hijos sufran este trato aunque él tenga diferencias con su madre?

PEDAGOGO.- Las antiguas alianzas quedan postergadas ante las nuevas y él ya no es amigo de esta casa. Pero no es momento aún de que la señora lo sepa.

NODRIZA.- ¡Oh hijos!, ¿oís cómo se porta vuestro padre con vosotros? Que no muera, pues es mi señor; pero ha resultado ser un malvado con los suyos.

Pasad dentro de casa, hijos, todo irá bien. Y tú, apártalos de su enfurecida madre, pues ya la he visto mirarles con ojos torvos, como si tramara algo.

(Desde el interior se oye el lamento de Medea mientras los Hijos se retiran con el Pedagogo)

MEDEA.- ¡Ay de mí! Desgraciada yo, infeliz, qué sufrimientos! ¡Ay, ay de mí! ¿Cómo podría yo morir?

¡Ay, ay! Sufrí, desdichada, sufrí algo digno de grandes lamentos.

¡Oh hijos, malditos, de una odiosa madre! ¡Ojalá perezcáis con vuestro padre y toda la casa se arruine!

NODRIZA.- ¡Ay, ay de mí! ¿En qué participan tus hijos del error de su padre? ¿Por qué los odias? ¡Qué dolor extremo sufro de que les ocurra algo!

(Parodos del Coro de mujeres de Corinto)

CORO

*Oí la voz, oí el grito
de la desgraciada mujer de la Cólquide.
Antigua nodriza, dinos.
En el umbral he oído un grito dentro de palacio,
pues no me alegro yo de los sufrimientos de esta casa,
muy querida para mí.*

NODRIZA.- No existe ya esta casa. A Jasón le posee un lecho regio. Ella, en cambio, mi señora, en su alcoba consume su vida, sin dejar reconfortar su corazón por las palabras de ningún amigo.

MEDEA.- ¡Ay, ay! ¡Que atraviere mi cabeza la llama del cielo! ¿Qué ganancia tengo de vivir más tiempo?

¡Ay, ay! Ojalá que con la muerte descansara, abandonando esta odiosa existencia.

CORO

*¿Oíste Zeus, tierra y cielo
el grito de esta desdichada mujer?
¿Qué ansias de lecho de muerte te dominan ahora, insensata?
¡No supliques el final de tu vida!
Y si tu marido honra un nuevo lecho
no te consumas en demasía.*

MEDEA.- ¡Justicia divina y venerable Ártemis! ¿Contempláis lo que estoy sufriendo, atada con solemnes juramentos a mi maldito esposo?

¡Ojalá que a él y a su esposa consiga yo ver un día despedazados en su palacio! ¡Oh padre mío, oh ciudad!, a los que abandoné tras haber dado una muerte despreciable a mi hermano!

NODRIZA.- ¿Oís lo que dice, y cómo a gritos invoca a Temis, la que atiende las súplicas y a Zeus, protector de los juramentos? Entraré para convencer a mi señora de salir fuera de la casa y eso que dirige a los criados su mirada de leona recién parida, cuando alguno se le acerca trayéndole un consejo.

(La Nodriza entra dentro de la casa)

CORO

*He oído el gemido de abundantes sollozos,
tristes sonos contra su mal marido,
traidor a su lecho.
Invoca, por sufrir injusticia, a Temis
que la trajo desde la Cólquide,
a través del nocturno mar.*

(Medea aparece en escena acompañada de la Nodriza)

MEDEA.- Mujeres de Corinto, he salido de casa para evitarme cualquier reproche vuestro. La justicia, en efecto, no reside en los ojos de los mortales. Uno cualquiera, sin haber sido ultrajado, antes de conocer en profundidad el interior de un hombre, le odia sólo con haberle visto. Es deber del extranjero avenirse a la ciudad. Y no elogíe nunca al ciudadano que al ser arrogante resulta molesto por su falta de sensibilidad.

En cuanto a mí, este inesperado asunto que me ha caído encima me ha partido el alma. Ida soy, y al haber perdido la alegría de la vida, busco morir, amigas. Pues en quien yo hacía residir todas mis esperanzas, mi esposo, ha resultado ser el más ruin de todos los hombres.

De todas las cosas, las mujeres somos la más desgraciada criatura. Lo primero, debemos comprarnos un esposo mediante una enorme suma de dinero, y tomar un dueño de nuestro cuerpo. Y la prueba es muy decisiva: tomar uno malo o uno bueno.

Pues la separación no trae buena fama a las mujeres, ni resulta posible repudiar al esposo.

Y cuando una ha venido a un lugar donde las costumbres le son novedad, adivina tiene que ser sobre cómo portarse con el compañero de lecho.

Y si acertamos nosotras en estas tareas y nuestro marido convive con nosotras sin aplicar por la fuerza el yugo, la vida resulta envidiable. En caso contrario, mejor es morir. Y un hombre, cuando le supone un peso convivir con los de casa, se marcha fuera, y acaba con el hastío de su corazón. Nosotras, en cambio, por fuerza tenemos que mirar a un solo individuo. Dicen que nosotras vivimos una vida sin peligros en casa, mientras ellos combaten con la lanza. Mal calculan. Pues tres veces preferiría estar junto al escudo que parir una sola vez.

Pero no se aplica a ti y a mí el mismo argumento; pues tú tienes esta ciudad, la casa de tu padre, el disfrute de la vida y la compañía de los amigos. Por el contrario yo estoy sola, en ciudad ajena, ultrajada por un hombre, como botín robada de una tierra bárbara.

Cuanto quisiera obtener de ti es lo siguiente: si encontrara algún medio para hacer pagar a mi marido el castigo por estas ofensas, cállalo. Una mujer suele estar llena de miedo pero cuando te encuentras ultrajada en lo que a tu lecho concierne, no existe otra mente más asesina.

CORIFEO.- Eso haré. Pues te asiste la justicia al hacer pagar su castigo a tu esposo, Medea. Y no me extraña que llores tus desgracias. Mas he aquí que veo acercarse a Creonte, soberano de esta tierra.

CREONTE.- ¡Eh, a ti, la de resentida mirada y con su esposo irritada, Medea, te ordeno a marchar fuera de esta tierra, al exilio, llevándote contigo a tus dos hijos, y sin demora!

MEDEA.- ¡Desgraciada de mí, destruida por completo! ¿Por qué motivo me expulsas del país, Creonte?

CREONTE.- Tengo miedo de que tú vayas a causar a mi hija algún daño pues hábil eres de natural y experta en muchas artimañas, y ahora estás sufriendo al verte privada del lecho de tu marido.

MEDEA.- No es la primera vez, Creonte, sino que muchas veces me ha dañado mi fama. ¡No temas, no estoy como para faltar a gente de estirpe real! Pues tú, ¿en qué me has ultrajado? Entregaste tu hija a quien te indujo tu ánimo. A mi marido sí que lo odio. Tú, en cambio, creo

que has actuado con sensatez al hacer eso. Celebrad las bodas, sed felices. Y a mí, permitidme habitar esta tierra.

CREONTE.- Dices cosas dulces de oír, pero me horroriza que dentro de tu alma maquines algo malo contra mí. Tanto menos confío en ti ahora que antes. ¡Vete lejos y no me des más razones! Esto está decidido y no tienes medio de permanecer entre nosotros.

MEDEA.- ¡No, por tus rodillas, y por la joven novia!

CREONTE.- ¡Palabras en balde! Pues nunca me podrías convencer.

MEDEA.- ¿Es que me vas a expulsar sin respetar mis súplicas? ¡Oh patria, cuán intensamente te recuerdo ahora!

CREONTE.- A excepción de mis hijos, es para mí con mucho lo más querido.

MEDEA.- ¡Ay para los mortales los amores qué mal tan grande!

CREONTE.- Al instante vas a ser expulsada por la fuerza de las manos de mis soldados.

MEDEA.- ¡No, eso no, Creonte, te lo ruego!

CREONTE.- ¿Por qué ofreces resistencia y no te alejas de este país?

MEDEA.- Uno solo, déjame permanecer sólo este día, para meditar en mi mente de qué modo escaparemos al exilio y lograr recursos para mis hijos, visto que su padre no estima en nada procurarles sustento. ¡Compadécelos! Ya que tú también eres padre. Pues no me preocupo por mí, ni por mi destierro, sino que lloro por ellos, sumidos en la desgracia.

CREONTE.- Mi voluntad no es en absoluto autoritaria, y por sentir compasión ya muchas veces me he perdido. Y ahora veo que me equivoco, mujer, y no obstante obtendrás lo que pides. Aunque te advierto que si la próxima vez que aparezca la llama del dios te contempla a ti y a tus hijos dentro de los límites de esta tierra, morirás. Y ahora, si tienes que quedarte, continúa aquí por un solo día.

(Creonte abandona la escena)

CORIFEO.- ¡Desgraciada mujer! ¡Ay infortunada por tus pesares! ¿Adónde te dirigirás ahora? ¿A qué casa o tierra que te salve de tus males? ¡Hasta qué extremo te ha sumergido la divinidad, oh Medea, en un oleaje de males sin salida!

MEDEA.- Por doquier es mi desgracia completa. ¿Quién lo negará? Mas esto no quedará todavía así, no creáis. A los recién casados aún aguardan nuevas pruebas y a sus parientes no pequeñas penas.

¿Crees que yo habría adulado a éste, si no fuera porque obtengo algún provecho o maquino algo? ¡Ni le hubiera dirigido la palabra, ni le hubiera tocado con mis dos manos! Me ha concedido continuar aquí este día, en el que dejaré cadáveres a tres de mis enemigos: al padre, a la joven y al esposo mío.

Tengo muchos métodos de causarles la muerte, pero no sé, amigas, de cuál echar mano el primero. Tal vez voy a prender fuego a la casa de los novios, o clavaré afilado puñal en su hígado, introduciéndome en silencio en el palacio, donde se extiende su lecho.

Mas una sola cosa me detiene. Si soy sorprendida, moriré siendo el hazmerreír de mis enemigos. Lo mejor será el método en el que soy por mi natural especialmente hábil: matarlos con mis venenos.

Veamos. Ya están muertos. ¿Qué ciudad me dará acogida? ¿Qué extranjero me brindará el asilo de su país? No hay nadie. Aguardemos aún hasta que encuentre para mí una torre segura y con engaño y en silencio me encaminaré a este crimen.

Amargas y tristes bodas les daré yo. No escatimes nada de cuanto sabes, Medea. ¡Adelante con tu tremenda acción! Ves cómo eres tratada. No debes quedar en ridículo ante estas bodas, tú, hija de noble padre y descendiente del Sol.

CORO

Estrofa

*Las aguas de los ríos sagrados remontan a sus fuentes
y la justicia y todo está alterado.
Engañosas decisiones reinan entre los hombres
y hasta la fe en los dioses se ha perdido.
Cambiará lo que se dice sobre la condición de la mujer,
y el prestigio está a punto de alcanzar al linaje femenino.
No soportarán más las mujeres una fama injuriosa.*

Antistrofa

*Las musas de los antiguos cantores
cesarán de alabar mi infidelidad,
pues el largo y lento fluir del tiempo
tiene aún mucho que decir
sobre el destino de hombres y mujeres.*

Estrofa

*Con corazón enloquecido
desde la casa de tu padre navegaste
flanqueando las dobles rocas de los mares.
Y habitas hoy, en tierra extranjera
privada de tu lecho y de tu esposo.
Serás ignominiosamente desterrada de esta tierra.*

Antistrofa

*El encanto de antiguos juramentos
se ha perdido para siempre.
El pudor ya no tiene un sitio digno entre los griegos;
ha volado hasta los cielos,
Y tú, desdichada, no tienes ya en tu casa
un puerto en el que fondeen tus desgracias.
Otra reina más fuerte y poderosa
gobierna tus moradas.*

(Entra Jasón en escena)

JASÓN.-No es ahora cuando por primera vez veo cuán irremediable mal resulta una cólera obstinada. Pues tú podías habitar esta tierra y esta casa, de haber sobrellevado dócilmente las decisiones de los soberanos, mas a causa de tus locas palabras vas a ser expulsada del país. Yo he intentado aplacar su cólera, y quise que te quedaras. Pero tú no desistes de tu locura, ultrajando permanentemente a los gobiernan este país. De ahí que serás expulsada de esta tierra. Y no obstante, y a pesar de lo ocurrido, aquí estoy, mujer, preocupándome de tu suerte, a fin de que no marches al exilio con tus hijos.

MEDEA.- ¡Oh tú, el peor de los canallas, pues éste es el insulto mayor que hallo en mi lengua para tu falta de hombría! Pero has hecho bien en venir, pues yo aliviaré así mi alma al insultarte y tú te enojarás al oírme.

Empezaré el relato desde el principio: Yo te salvé, como bien saben cuantos griegos se embarcaron contigo en la nave Argo. Y a la serpiente que, siempre insomne, guardaba el vellón

de puro oro cubriéndolo con los múltiples repliegues de sus anillos, le di muerte, e hice brillar una luz para ti salvadora. Yo misma traicioné a mi padre y a mi casa para ir contigo a Yolco. Y a Pelias causé la muerte del modo más doloroso que se puede morir, a manos de sus hijas.

Y habiendo recibido este trato de mi parte, ¡el más vil de los hombres!, nos has traicionado y te has conseguido un nuevo lecho, a pesar de que había unos hijos. Pues si no tuvieras hijos, habría sido comprensible que hubieras caído en la tentación del amor por este lecho.

Para los amigos de mi casa me he hecho odiosa; y a quienes no tenía que causar mal, me los hice enemigos míos por complacerte.

¡Oh Zeus, por qué diste a los hombres medios claros de saber cuál es el oro falso, y en cambio en el cuerpo de los hombres no hay ninguna señal con que haya que reconocer al malvado!

JASÓN.- Por mi parte, en vista de que sublimas tanto tus favores, estimo que durante mi periplo fue Afrodita mi única salvadora de entre los dioses y los hombres.

Tienes una inteligencia sutil, pero tu lengua siente envidia de reconocer que fue Eros quien te obligó con sus inevitables dardos a salvar mi cuerpo.

Ahora bien, has recibido por mi salvación más de lo que has dado, según te voy a explicar. En primer lugar, habitas en tierra griega en vez de un país bárbaro. Todos los griegos saben que eres sabia y has obtenido cierta fama. Si habitaras en los confines de la tierra no se tendría noticia de ti. Y respecto a que me reprochas mi boda con la princesa, te voy a demostrar que he sido inteligente además de prudente. Cuando me trasladé aquí desde la tierra de Yolco, no fue por los motivos que te atormentan ni porque despreciara yo tu lecho, ni por ser alcanzado por el deseo de una novia nueva. La razón principal fue para que viviéramos bien. A mí me interesa que los hijos ahora vivos obtengan provecho de los que han de venir. Tú misma dirías que estás de acuerdo, si no te atormentara tu lecho.

De suerte que los mortales deberían engendrar a sus hijos de cualquier otra forma, sin que existiera la estirpe femenina, y así no existiría desgracia alguna para los hombres.

MEDEA.- No te comportes ante mí como un hombre decente y elocuente orador, pues una sola palabra te hará caer a tierra. Deberías, de no haber sido un malvado, haber contraído matrimonio una vez me hubieras persuadido, y no sin comunicarlo a tus seres queridos.

JASÓN.- ¡Bello habría sido tu asentimiento a esta boda, a ti que ni siquiera ahora consientes en apaciguar la extrema cólera de tu corazón!

MEDEA.- No era eso lo que te lo impedía. La razón está en que, cara a tu vejez, tu boda con una mujer extranjera te reportaba mala fama.

JASÓN.- No es por causa de una mujer por lo que yo me he unido al lecho real que ahora poseo, sino por querer salvarte a ti y engendrar unos hijos que sean príncipes, hermanos de padre con estos otros hijos míos.

MEDEA.- ¡Sé insolente ya que tienes dónde refugiarte! En cambio yo, solitaria, partiré de esta tierra al exilio.

JASÓN.- Tú misma lo elegiste.

MEDEA.- ¿Habiendo hecho qué cosa? ¿Acaso he tomado yo esposo y te he traicionado?

JASÓN.- No voy a discutir más contigo de este asunto, pero si quieres recibir algún tipo de ayuda de mis bienes para los niños o para tu destierro, dilo. Pues si lo rechazas, es que estás loca, mujer.

MEDEA.- No me hagas ningún ofrecimiento, pues los regalos de una persona malvada no aprovechan. ¡Vete! Pues estás preso del vivo deseo de tu joven esposa.

¡Celebra la boda! Estás celebrando una unión de la que pronto te arrepentirás.

CORO

*¡Ojalá me ame la templanza,
el don más hermoso de los inmortales!
¡Oh patria, oh moradas, que nunca
me convierta en una desterrada,*

***llevando una existencia insoportable.
Antes preferiría la muerte
que ser privada de la tierra patria.***

CORIFEO.- Amigas, Medea ha conseguido el favor de Egeo que abandonando el oráculo de Apolo, llegó hasta esta tierra de Corinto. Y tras escuchar las súplicas de la desdichada mujer que ha persuadido con sus palabras al hijo del sabio Pandión, ha prometido acogerla en su país una vez que Medea haya abandonado esta ciudad por su propio pie.

(Sale Medea de palacio)

MEDEA.- ¡Oh Justicia de Zeus y luz del Sol! Ahora felizmente seremos victoriosas sobre nuestros enemigos, amigas. Pues Egeo ha aparecido como puerto acogedor de mis decisiones, en el momento que más exhaustas estábamos. A cambio de mis fármacos para curar su esterilidad, tendré un cobijo en su morada.

Primero enviaré a Jasón a una de mis criadas con el ruego de que acuda a verme. Y cuando esté en mi presencia le diré amables palabras y que apruebo su boda real.

Le pediré que mis hijos se queden aquí, no porque quiera yo abandonarlos en una tierra enemiga, sino porque los voy a enviar con unos regalos en sus manos para la novia y evitar así su destierro: un delicado peplo y una corona de oro trabajado. Y cuando haya tomado estos adornos, ungidos de veneno y sobre su cuerpo se los ponga, de mala manera perecerá ella y cualquiera que toque a la joven.

Ahora, sin embargo, abandono este relato. Y me echo a llorar ante la acción que a partir de aquí tengo que llevar a cabo. Voy a dar muerte a mis hijos.

Y tras haber hundido toda la casa de Jasón, saldré del país, huyendo del asesinato de mis queridísimos hijos y cargando con la responsabilidad de la más impía acción.

Me equivoqué aquel día que abandoné la casa de mi padre, fiada en las palabras de un griego. Ni volverá a ver vivos nunca a los hijos que de mí tuvo, ni engendrará un hijo de su nueva esposa.

CORIFEO.- ¿Es que te vas a atrever a matar a los que son fruto de tu vientre?

MEDEA.- ¡Sí, pues así mi esposo sufrirá la más cruel venganza!

CORIFEO.- Y tú pasarías a ser la más desgraciada mujer.

CORO

Considera el crimen que afrontas, Medea.

¡Te suplicamos, postradas de rodillas,

no mates a tus hijos!

¿De dónde sacarás el valor

para llevar a cabo una acción tan terrible?

¿Cómo podrás mirar a tus hijos

cuando tu mano se tiña de sangre?

(Llega Jasón al encuentro de Medea)

JASÓN.- Aquí estoy, tras haberme llamado. ¿Qué nuevo asunto quieres de mí, mujer?

MEDEA.- Jasón, te ruego me sepas disculpar de lo que antes he dicho. Es natural que debas soportar mis iras, después de todas las pruebas de amor que nos hemos dado.

Yo misma he reflexionado y me he hecho estos reproches: ¿ Por qué me muestro odiosa a los soberanos de esta tierra, y a mi esposo, que hace lo que más nos conviene al casarse con la princesa para engendrar hermanos a mis hijos? Al meditar estas cosas me di cuenta de mi gran imprudencia, y que era vano el mantenerme irritada.

Así pues, ahora te elogio, y me parece que actúas con sensatez al habernos conseguido esta alianza. Yo, en cambio, una insensata, que debió haber asistido a tu boda y sentirse feliz. Pero somos lo que somos, no diré una calamidad, sólo mujeres. Te ruego me disculpes.

(Dirigiéndose a sus Hijos que aparecen acompañados del Pedagogo)

¡Oh hijos, abrazad y dirigid la palabra a vuestro padre pues paz tenemos y ya el rencor se acabó!

(Hablando consigo misma)

¡Ay de mí, cómo vienen a mi mente desgracias ocultas! ¡Desdichada de mí, qué cerca tengo las lágrimas, presa de temor!

JASÓN.- Elogio esto de ahora y no te reprocho lo de antes. Mas tu corazón ha cambiado hacia lo mejor. Propia es esta actitud de una mujer sensata.

(Dirigiéndose a los Hijos)

Y a vosotros, hijos, con ayuda de los dioses, tendréis la primacía de esta tierra de Corinto con vuestros hermanos futuros.

(Dirigiéndose a Medea)

¿Por qué tus ojos se empapan en abundantes lágrimas, volviendo tu blanca mejilla, y no acoges contenta estas palabras mías?

MEDEA.- Nada. Estaba pensando en estos niños. No voy a desconfiar de tus palabras. Pero la mujer es débil y propensa por naturaleza a las lágrimas.

Mas vayamos al motivo por el que aquí estás para hablar conmigo: Ya que al soberano le ha parecido bien desterrarme y así saldré de esta tierra al exilio, te pido que supliques a Creonte que no destierre a estos niños para que puedan ser educados con tus propias manos.

Ruega a tu esposa que pida a su padre que los niños no sean desterrados y yo misma voy a colaborar en esta tarea. Pues le enviaré unos presentes que le llevarán ellos mismos: un sutil peplo y una corona de oro trabajado.

(Una sirvienta saca los regalos de dentro de la casa. Se los entrega a Medea)

Tomad esta dote en vuestras manos, hijos, llevadla y dádsela a la princesa, novia feliz.

Pasad ambos a esta rica mansión y a la nueva esposa de vuestro padre, suplicadle que no os destierre, ofreciéndole los presentes.

Id cuanto antes y sed mensajeros de las buenas noticias de que ha resultado bien lo que vuestra madre ansía lograr.

CORO

Estrofa

*Ya no; ya no existe esperanza de vida
para estos pobres niños;
caminan derechos rumbo al Hades.
Recibirá la novia, recibirá la infortunada
la dorada diadema de la muerte,
y alrededor de su rubia cabellera
ceñirá con sus manos la funesta corona.*

*En tal red de dolor y de muerte caerá la desdichada
y no conseguirá escapar a la desgracia.*

Antístrofa

***Y tú infeliz, marido fatal, desventurado
para tus hijos traes, sin ser consciente
la perdición total de su existencia
y para ella, para tu fiel esposa
un final de su vida lamentable.***

***Gimo, gimo también por los dolores
de la madre infeliz, desventurada...
Por ti, la cruel Medea,
que a matar te dispones a tus hijos
por causa del lecho nupcial
abandonado con falacia por un esposo infiel
que ansía los encantos de otra alcoba.***

(Regresa el Pedagogo con los Hijos)

PEDAGOGO.- ¡Señora, traigo la mejor de las noticias! Estos hijos tuyos están libres del destierro y la joven novia ha recogido en sus manos, gozosa, los regalos. Mas, ¿por qué has vuelto tu mejilla y no acoges contenta estas palabras mías?

MEDEA.- Tus noticias son como son. Mucho es el poder de la necesidad, anciano. Pues esto lo hemos maquinado los dioses y yo misma en mi insana mente.

Mas entra tú en casa y proporciona a los niños cuanto necesiten.

(El Pedagogo sale de la escena)

¡Oh hijos, hijos, ya tenéis ambos una ciudad donde viviréis para siempre, privados de vuestra madre. Yo en cambio parto desterrada a otro país, antes de haber disfrutado de vosotros dos y haberos visto felices. Antes de haberos dispuesto vuestra boda, una esposa y el lecho conyugal, y haber sostenido en alto la antorcha nupcial.

¡Oh desdichada de mí por mi orgullo!

En vano os he criado, en vano padecí y en fatigas me consumí, soportando los terribles dolores del parto. En verdad que tenía puestas, desdichada de mí, muchas esperanzas en vosotros: que me alimentaríais en mi vejez y que, una vez muerta, con vuestras manos me amortajaríais. Ahora, en cambio, ha muerto esa dulce pretensión. Pues privada de vosotros dos, entre penas y dolores transcurrirá mi vida. Vosotros ya no volveréis a ver a vuestra madre con esos queridos ojos.

¡Ay, ay!, ¿por qué volvéis hacia mí la mirada, hijos? ¿Por qué me sonreís con una sonrisa postrera? ¡Ay, ay!, ¿qué haré? Pues mi corazón desfallece, mujeres, al ver el brillo de los ojos de mis hijos.

No podría. ¡Fuera mis anteriores planes! Sacaré de esta tierra a estos hijos míos.

¿Por qué tengo que hacer sufrir a su padre con la desgracia de ellos, procurarme yo misma un mal que es doble? No, yo no...

¡Pero! ¿Qué es lo que me pasa? ¿Es que quiero ser el hazmerreír de mis enemigos por haberlos dejado impunes?

¡Hay que atreverse a ello! ¡Ay, de mi cobardía!

¡Mi mano no desfallecerá! ¡Ay, ay! ¡No, corazón, no ejecutes tú eso! ¡Déjalos, desgraciada criatura, abstente de tocar a tus hijos! ¡Aunque no vivan conmigo serán tu alegría!

¡No, por los dioses vengadores que viven en el Hades! Nunca será posible que yo entregue mis propios hijos a mis propios enemigos para que sean ultrajados. Es totalmente necesario que mueran, y ya que así lo es, les daré muerte yo misma que le di la vida.

Mas, ya que voy a emprender el más desgraciado viaje y también hacérselo emprender a éstos, quiero dirigir la palabra a mis hijos: ¡Oh queridísima mano y queridísima boca, figura y noble rostro de mis hijos! ¡Ojalá ambos seáis felices, pero allí! La felicidad de aquí os la ha arrebatado vuestro padre.

¡Oh dulce abrazo, oh delicada piel y aliento de mis hijos! Partid, partid. Ya no puedo dirigir mi mirada hacia vosotros.

Comprendo qué clase de crimen voy a llevar a cabo, pero mi pasión es superior a mi reflexión.

CORIFEO.- Afirmo que los mortales que carecen de la experiencia de lo que son los hijos, por no haberlos engendrado, aventajan en felicidad a los que sí los tienen. Los que no tienen hijos se ven libres de muchas penalidades.

MEDEA.- Amigas, hace tiempo que aguardo acontecimientos de cómo habrá resultado el asunto de allá. Pero he aquí que estoy viendo acercarse a uno de los sirvientes de Jasón.

MENSAJERO.- ¡Oh tú, que has llevado una acción terrible, Medea! ¡Huye, huye sin demora por mar o por tierra!

MEDEA.- ¿Qué cosa me ha ocurrido para que deba emprender esa huída?

MENSAJERO.- Han perecido la joven princesa y Creonte, su padre, por los efectos de tus venenos.

MEDEA.- El más hermoso anuncio me has hecho llegar.

MENSAJERO.- ¿Qué dices? ¡Estás loca, mujer, pues has ultrajado la casa de los soberanos! Y aún así, ¿te alegras de oírlo?

Después que tus hijos llegaron acompañados de su padre y pasaron a las habitaciones nupciales, nos alegramos los que estábamos angustiados por tus desgracias.

De oído en oído corría veloz el rumor de que tú y tu esposo habíais zanjado vuestra anterior querrela. Un esclavo besa la mano, otro la cabeza de los niños. Y yo en persona, bajo una inmensa alegría, acompañé a tus hijos a las habitaciones de las mujeres.

Y la señora, antes de ver a tus dos hijos, dirigió a Jasón una amorosa mirada; mas en seguida ocultó sus ojos e hizo girar sus blancas mejillas, ante la entrada de tus hijos.

Tu esposo aplacaba su irritación diciéndole que si no iba a considerar amigos a los que lo son de su esposo y que si no iba a recibir los regalos de manos de tus hijos que imploraban que Creonte no les desterrara.

GLAUCE.- Al ver los regalos, no me contuve, sino que accedí en todo a mi esposo y antes de que se alejaran de la casa, tomé los peplos y los vestí.

Me coloqué la corona de oro sobre mis bucles y me acicalé el cabello ante el espejo. Camino por la casa, marchando delicadamente con mis blanquísimos pies, sumamente contenta por los regalos, mientras volvía una y otra vez mis ojos sobre los talones.

Enseguida, me demudó la color y retrocedí con paso vacilante mientras me temblaban todos mis miembros y a duras penas, consigo recostarme en un asiento para evitar caer al suelo. Sale espuma de mi boca y mis ojos dan vueltas sin cesar.

La dorada diadema lanza un torrente prodigioso de fuego devorador y los sutiles peplos se ceban en mis blancas carnes. Intento huir, levantándome del asiento, abrasada y agitando la cabellera a un lado y a otro. La sangre empieza a manar de lo alto de mi cabeza mezclada con el fuego y mis carnes se desprenden de los huesos, como las lágrimas del pino. ¡Padre!

(Creonte aparece a socorrer a su hija)

MENSAJERO.- ¡Horripilante espectáculo bajo los efectos de las invisibles dentelladas del veneno! Mas su desventurado padre, desconocedor de la desgracia, entrando en la casa, abraza el cadáver de su hija, preguntándose, cuál de los dioses la había aniquilado de esa manera tan ignominiosa. Preguntándose quién le dejaba huérfano de hija.

Y una vez que ya puso fin a sus trenos, al intentar recuperar su anciano cuerpo, quedó adherido, como una yedra a unas ramas de laurel, a los sutiles peplos de su hija. Él quería levantar su rodilla, mas ella lo retenía. Y cada vez que tiraba con fuerza, se desgarraba sus ancianas carnes de los huesos. Al cabo de un rato desistió, y el infeliz entregó su vida, sin poder imponerse a la calamidad.

Y yacen muertos la hija y su anciano padre, desgracia digna de ser llorada.

(Sale de escena el mensajero)

CORIFEO.- La divinidad ha acumulado en este día muchas desgracias contra Jasón.
Cómo te lloramos por tu desgracia, hija de Creonte, tú que a las mansiones de Hades te encaminas, por tu boda con Jasón.

MEDEA.- Amigas, la acción está decidida: cuanto antes voy a matar a mis hijos y me marcharé de esta tierra. Es totalmente necesario que mueran, y ya que así lo es, les daré muerte yo misma que les di la vida.

Mas, vamos, ármate de valor, corazón. ¡Oh desdichada mano mía, empuña la espada, empúñala, encamínate hacia la frontera en que empieza una vida de dolores!

¡Olvídate en este corto día de que son hijos tuyos, y luego...llora! ¡Pues aunque los mates, los quieres desde que nacieron!

(Medea entra en casa, abandonando la escena)

CORO

Estrofa

*¡Oh tierra y rayo del sol que resplandeces!
Mirad, contemplad a esta mujer funesta, voraz
antes de descargar sobre sus hijos la espada.
Asesina, sí, de su propia carne.
¡Luz nacida de Zeus, deténla!
Expulsa de esta casa a la Erinia perversa y asesina,
enviada por los dioses vengadores.*

Antistrofa

*Para nada, para nada ha servido, para nada
el esfuerzo que hiciste para traer al mundo a unos hijos queridos.
Para nada, para nada han servido tus cuidados de antaño.
¡Desdichada! ¿Por qué cae sobre ti la cólera pesada de tu alma
y la transformas en crimen despreciable?
Las manchas derramadas de sangre familiar
son la peor lacra para los mortales.
Los dioses hacen caer sobre las casas de los hombres
desgracias proporcionales a sus crueles acciones.*

(Desde el interior se oye el grito de los niños)

NIÑOS.- ¡Ay de mí! ¿Adónde escapar de las manos de mi madre? Muy cerca estamos ya del filo de la espada.

JASÓN.- ¡Mujeres! ¿Está aún en casa la que ha llevado a cabo estos horribles crímenes, Medea, o se ha marchado huyendo? Pues tendrá que ocultarse bajo la tierra, o levantar su cuerpo a lo alto del éter si no quiere pagar su crimen. ¿Confía en que después de haber asesinado a los soberanos de este país va a huir impune?

Pero no estoy tan preocupado por ella como lo estoy por mis hijos. He venido a salvar la vida de mis hijos pues temo que los parientes les hagan algo, en venganza del impío crimen de su madre.

CORIFEO.- ¡Oh desdichado! ¡No sabes a qué extremo de tu desgracia has llegado, Jasón! Pues, de saberlo, no hubieras pronunciado estas palabras.

JASÓN.- ¿Es que acaso quiere matarme a mí también?

CORIFEO.- Los niños han muerto a manos de su madre.

JASÓN.- ¡Ay de mí! ¿Qué dices? ¡Cómo me has herido mortalmente, mujer!

CORIFEO.- Abre las puertas y verás la carnicería de tus hijos.

JASÓN.- Soltad los cerrojos cuanto antes para que vea yo la doble desgracia, a mis hijos muertos, y a ella, a quien haré pagar su culpa.

(Aparece Medea por encima de la casa, en un carro tirado por el Sol, con los cadáveres de sus hijos)

MEDEA.- ¿Por qué golpeas las puertas buscando los cadáveres y a mí que les he dado la muerte? No me vas a poner ya nunca tus manos encima. Tal es el carro que nos ha dado el Sol, padre de mi padre, como baluarte contra manos enemigas.

JASÓN.- ¡Oh ser odioso, la más hostil para los dioses, para mí y para todo el linaje de los mortales! Tú, que te atreviste a abatir la espada contra tus hijos, tras haberlos traído al mundo. ¿Y aun después de haber llevado a cabo esto, contemplas el sol y la tierra, cuando has osado cometer el más impío crimen? ¡Ojalá mueras!

Ahora pienso con sensatez y no antes, cuando de una tierra extranjera te conduje a una casa griega, gran desgracia.

Los dioses han lanzado contra mí tu genio vengador, pues ya habías dado muerte a tu hermano cuando embarcaste en la nave Argo de bella proa. Te casaste conmigo y me diste unos hijos, a los que has asesinado a causa de un lecho y una antorcha.

No existe una mujer griega que se hubiera atrevido nunca a ejecutar esto; y antes que con ellas preferí casarme contigo. Una leona, no una mujer, que posees un natural más salvaje que Escila.

¡Vete en mala hora, manchada con la sangre de tus propios hijos! A mí sólo me resta llorar mi propio destino.

MEDEA.- No ibas a vivir tú, después de haber ultrajado mi lecho, una vida placentera, riéndote de mí. Ni tampoco la princesa, ni el que te procuró la boda, Creonte, iba a expulsarme impunemente de este país.

Ante esto, sí, llámame leona, si quieres o Escila. A tu corazón he devuelto el golpe como debía.

JASÓN.- También tu sufres por estos males.

MEDEA.- El dolor me libera, con tal de que tú no rías.

JASÓN.- ¡Oh hijos, qué madre tal malvada os di!

MEDEA.- ¡Hijos, cómo habéis perecido por la locura de vuestro padre!

JASÓN.- No fue mi mano la que les mató.

MEDEA.- Pero sí tu insolencia y tu reciente boda.

JASÓN.- ¿Por un lecho les has dado muerte?

MEDEA.- ¿Dolor pequeño crees que es esto para una mujer?

JASÓN.- Al menos para la que es sensata.

MEDEA.- Tus hijos ya no existen y ello te morderá las entrañas.

JASÓN.- Permíteme dar sepultura a estos niños y llorarlos.

MEDEA.- Eso sí que no. Pues yo misma los enterraré con estas manos y me iré a la patria de Erecteo, a vivir con Egeo. Tú, en cambio, morirás como un malvado, golpeado en tu cabeza por los despojos de la nave Argo.

JASÓN.- ¡Ojalá te mate la Erinia de tus hijos y la Justicia de su sangre!

MEDEA.- Vete a palacio y entierra a tu esposa.

JASÓN.- Me voy, privado de mis dos hijos.

MEDEA.- Aún no es nada tu llanto. Aguarda todavía tu vejez.

JASÓN.- ¡Ay de mí, desgraciado, ansío besar los queridos labios de mis hijos!

MEDEA.- Ahora los invocas, cuando antes los alejabas de ti.

JASÓN.- Permíteme, por los dioses, tocar la delicada piel de mis hijos.

MEDEA.- Es un ruego lanzado al viento.

JASÓN.- ¡Oh Zeus, qué ofensas recibimos de parte de esta abominable leona! En la medida en que me es posible, lloro ante ellos e invoco a los dioses, poniendo por testigo a la divinidad de cómo, tras haber dado muerte a mis hijos, me impides tocarlos con mis manos y enterrar sus cadáveres.

Ojalá nunca yo los hubiera engendrado para verlos perecer de este modo.